

La evolución del pecado

Walter Porter

«¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemem?» (Proverbios 6.28).

La sabiduría (en su sentido completo) se refiere a todas las formas de actuar con rectitud; la insensatez se refiere a todas las formas de cometer pecado. En vista de que el adulterio personifica la insensatez, podemos, por lo tanto, generalizar la dinámica del adulterio a todas las formas de pecado. El análisis del proceso del adulterio, que describe Salomón, revela un esquema interesante que incluye las que parecen ser tres etapas.

LA PRIMERA ETAPA: LA VULNERABILIDAD

Para cualquier clase de pecado, el proceso de la insensatez comienza con un estado mental, que carece de entendimiento acerca del pecado. Sin embargo, la carencia de entendimiento no significa necesariamente ignorancia total de él. A menudo, los que sucumben al pecado han adquirido una consciencia intelectual acerca de la naturaleza prohibida de él. Lo que hace falta es una aceptación o confianza en el conocimiento. Puede que esta carencia de convicción sea el resultado de una falta momentánea de sabiduría o el reflejo de un estado crónico de rechazo. Pero sea un momento o toda una vida de insensatez, cuando la sabiduría es despreciada, la mente se vuelve indefensa; y por lo tanto, vulnerable a la tentación. La señora Insensatez llama al simple, esto es, a los que no tienen entendimiento. Así dice:

Porque mirando yo por la ventana de mi casa, por mi celosía, vi entre los simples, consideré entre los jóvenes, a un joven falto de entendimiento, el cual pasaba por la calle, junto a la esquina, e iba camino a la casa de ella, a la tarde del día, cuando ya oscurecía, en la oscuridad y tinieblas de la noche... (Proverbios 7.6–9).

Dice a cualquier simple: Ven acá.
A los faltos de cordura dijo:... (Proverbios 9.16).

Pablo dijo que el Señor provee siempre una

salida de la tentación, así leemos:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1^{era} Corintios 10.13).

Una mente sabia presta atención a las advertencias. Sin embargo, el rechazo de la sabiduría crea una mentalidad que no logra ver los peligros del placer ilícito. Salomón hizo el siguiente ruego:

Ahora pues, hijos, oídme, y estad atentos a las razones de mi boca. No se aparte tu corazón a sus caminos; no yerres en sus veredas (Proverbios 7.24–25).

Salomón también describió cómo los que son víctimas de la señora Insensatez a menudo reflexionan sobre el comienzo y confiesan su actitud rebelde, diciendo:

... Y gimas al final, cuando se consuma tu carne y tu cuerpo, y digas: ¡Cómo aborrecí el consejo, y mi corazón menospreció la reprección; no oí la voz de los que me instruían, y a los que me enseñaban no incliné mi oído! (Proverbios 5.11–13).

El último paso de la primera etapa implica experimentar tentaciones seductoras (que se encuentran donde sea que el espíritu de Satanás esté activo) que despiertan los apetitos. Se dice del pecado que este es engañoso (vea Hebreos 3.13) porque induce a sus víctimas al error. Ofrece una recompensa inmediata, como carnada en anzuelo. Por lo tanto, la negativa a reconocer las advertencias, sumada a una intensa excitación, equivale a una resistencia débil. La señora Insensatez (la «mujer extraña») halaga y seduce con una variedad de tácticas solapadas, todas diseñadas para atraer y cautivar.

[La sabiduría te libraré] de la mujer extraña, de la ajena que halaga con sus palabras... (Proverbios 2.16).

Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite... (Proverbios 5.3).

Lo rindió con la suavidad de sus muchas palabras, le obligó con la zalamería de sus labios.
Al punto se marchó tras ella, como va el buey al degolladero, y como el necio a las prisiones para ser castigado... (Proverbios 7.21–22).

LA SEGUNDA ETAPA: LA INDULGENCIA

De esta manera está preparado el escenario para que se cometa la acción prohibida, escenario que a la vez abre el telón para el segundo acto del morboso drama. Cuando se comete el pecado, este produce luego su recompensa, esto es, placer inmediato; para incentivar el pecado. La señora Insensatez dice:

Las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es sabroso (Proverbios 9.17).

Cada vez que un pecado en particular se comete, la resistencia a la tentación se reduce hasta que el comportamiento llega a ser tan habitual que la persona pierde el poder de elección. El placer y el apetito van juntos, y complacer el uno intensifica al otro. De este modo, la víctima ya no necesita que lo atraigan o tienten porque ha sido atrapado en el dominio de sus propias emociones; su apetito cultivado ha llegado a ser un fuerte deseo que no puede ser desatendido. Está verdaderamente atrapado en un «abismo» profundo y un pozo angosto. Su pecado es ahora una necesidad depravada que ha llegado a ser parte de su cuerpo en tal grado que, de algún modo, hasta la salud de su sistema físico-químico ha sido trastornada («traspasado por una saeta»).

Como el ave que se apresura a la red, y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasa su corazón (Proverbios 7.23).

Fosa profunda es la boca de la mujer extraña; aquel contra el cual Jehová estuviere airado caerá en ella (Proverbios 22.14).

Porque abismo profundo es la ramera, y pozo angosto la extraña (Proverbios 23.27).

Ahora ya pone en práctica la conducta pecaminosa, y esto hace, no solamente por el placer que genera, sino también, para escapar del dolor que produce resistirlo o abstenerse de él. El ejemplo moderno más conocido de este proceso puede observarse en los que son adictos a diferentes drogas (las cuales son hoy una plaga moral tan común). Aun así, la adicción a las drogas es solamente una

de las muchas formas como una persona puede caer víctima de la señora Insensatez. En efecto, la Biblia enseña que todo pecado habitual esclaviza. Jesús dijo lo siguiente de forma categórica:

De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado (Juan 8.34).

Y Pablo dijo:

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros [...] ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6.12–14, 16–23).

Pedro escribió una advertencia similar, diciendo:

... aquellos [...] que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío [...] hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción [...] Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció (2ª Pedro 2.10, 12, 18–19).

Además del adulterio, Salomón hace mención de la adicción más famosa, esto es, el alcoholismo, pues dice:

Y dirás: Me hirieron, mas no me dolió; me azotaron, mas no lo sentí; cuando despertare,

aún lo volveré a buscar (Proverbios 23.35).

Sin embargo, las palabras de Salomón suponen otras adicciones o compulsiones que a menudo no son consideradas como tales. Por ejemplo, habló de las ansias que motivan a los adictos a la euforia de la depredación. También mencionó al impulsivo habitual. Habló del hombre perezoso que desea ganarse el sustento, pero que, al ser adicto a la ociosidad, pierde la lucha contra su cuerpo.

Porque no duermen ellos si no han hecho mal, y pierden el sueño si no han hecho caer a alguno. Porque comen pan de maldad, y beben vino de robos (Proverbios 4.16-17).

El de grande ira llevará la pena; y si usa de violencias, añadirá nuevos males (Proverbios 19.19).

El deseo del perezoso le mata, porque sus manos no quieren trabajar (Proverbios 21.25).

LA TERCERA ETAPA: LA DEGENERACIÓN

La última etapa del proceso de la insensatez incluye las consecuencias acumulativas de la insensatez sobre el adicto. Al continuar con el análisis del adulterio, esto es, el modelo general de la insensatez, considere la descripción que hace Salomón de su trágica culminación:

Mas su fin es amargo como el ajeno, agudo como espada de dos filos. Sus pies descienden a la muerte; sus pasos conducen al Seol (Proverbios 5.4-5).

Para que no des a los extraños tu honor, y tus años al cruel; no sea que extraños se sacien de tu fuerza, y tus trabajos estén en casa del extraño; y gimas al final, cuando se consuma tu carne y tu cuerpo... (Proverbios 5.9-11).

Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada (Proverbios 6.33).

La insensatez, al ser un término general para las enfermedades del espíritu, es un proceso degenerativo que al final lleva a la muerte. Al hablar de la señora Insensatez, Salomón dijo:

Todos los que a ella se lleguen, no volverán, Ni seguirán otra vez los senderos de la vida (Proverbios 2.19).

Porque a muchos ha hecho caer heridos, y aun los más fuertes han sido muertos por ella. Camino al Seol es su casa, que conduce a las cámaras de la muerte (Proverbios 7.26-27).

Al analizarla como proceso, la descripción que hace Salomón de la señora Insensatez me recuerda

de la planta carnívora, que tiene forma de jarrón y se alimenta de insectos. Los atrae exhibiendo una apariencia colorida y segregando un néctar dulce en el área de su boca. El néctar tiene doble propósito, a saber: tiene un efecto anestésico y lubrica el área haciéndola muy resbalosa. También posee vellos que se proyectan hacia adentro de la garganta, facilitando la entrada, pero dificultando el escape. Una vez atraída al interior, la víctima se desliza hacia el fondo por la fuerza de la gravedad (acelerada por sus propios movimientos), y es cuestión de tiempo para que caiga en un caldo de líquidos digestivos.

Planteado de otra manera, tal vez podamos ver el proceso completo como algo parecido a una espiral o vorágine descendiente. El ignorante y el insensato se pasean por la orilla disfrutando del placer, coqueteando con sus peligros. Pero una vez que cruzan el límite, el descenso comienza. Cada vez que se repite el ciclo lujuria-pecado-placer, dan vueltas hacia abajo hundiéndose cada vez más en el agujero oscuro, perdiendo el control de sí mismos. Coquetearon con la insensatez y perdieron. Dejaron la sabiduría y se hicieron insensatos, esto es, insensatos que retroceden.

Darse gusto en el pecado lleva al cultivo de adicciones, compulsiones y hábitos insensatos. Hay, por supuesto, una enorme variedad de formas de pecar. Aún más, existen muchos factores que predisponen y circunstancias especiales, las cuales pueden llevar a una persona a convertirse en esclavo de algún pecado en particular. Sin embargo, el patrón básico parece ser común, a saber: la ignorancia (promovida por la negativa a prestar atención a las advertencias) crea una vulnerabilidad a la tentación, la cual lleva al pecado. Los placeres del pecado alientan luego la complacencia repetitiva, la cual con el tiempo se convierte en una compulsión que amenaza la salud y el bienestar de la persona.

CONCLUSIÓN

Parece que este proceso, al cual llamo la «vorágine de la insensatez», constituye el denominador común que subyace a todas las formas de complacencia en la insensatez, sea en la mente o en el cuerpo, sea en la perversión de algún bien natural o en la creación de un mal inusual, sea en una desatención o en algún exceso (aun, según parece, en la obtención de sabiduría y en la realización de la justicia, si al hacer esto otras obligaciones importantes son desatendidas). (Vea Eclesiastés 7.16.) Sea que tenga que ver con la manera como pensamos, razonamos, sentimos y hablamos, o con la manera como reaccionamos a las necesidades, apetitos e

impulsos del cuerpo, o con la manera como encaramos las posesiones materiales y las personas, en todo aspecto de nuestras vidas, lo cierto es que el pecado habitual esclaviza.

El proceso de la insensatez también explica, de una manera más clara, a mi parecer, la relación entre la responsabilidad personal y los componentes patológicos contenidos en muchas manifestaciones de enfermedades mentales. En años recientes, algunos profesionales de la salud han empezado a notar la amenazante adicción de algunos de los vicios contemporáneos más comunes. William R. Miller, autor de *The Addictive Behaviours: Treatment of Alcoholism, Drug Abuse, Smoking, & Obesity (Las conductas adictivas: El tratamiento del alcoholismo, la drogadicción, el fumado y la obesidad)*, publicado en 1980, escribió acerca de la creciente toma de conciencia en cuanto a las «... posibles similitudes entre estos problemas tan aparentemente diversos».¹ En 1983, Patrick Carnes publicó el libro *The Sexual Addiction (La adicción sexual)*, en el cual hace la siguiente afirmación: «Primeramente, la adicción se aprovecha del proceso humano más fundamental. Sea por la necesidad de droga, de placer sexual, de comer, o incluso, de trabajar, lo cierto es que el proceso adictivo puede convertir la energía creativa y que da vida en una compulsión desmoralizante y destructiva».² Aunque el pecado puede causar enfermedad mental, el pecador crónico que se vuelve irremediamente adicto a su pecado, no es más inocente que el ladrón que encuentran atrapado dentro de la chimenea de una casa a la cual trataba de introducirse para robar. En relación con la locura, Salomón dijo que esta es una forma extrema de la insensatez:

Me volví y fijé mi corazón para saber y examinar e inquirir la sabiduría y la razón, y para conocer la maldad de la insensatez y el desvarío del error (Eclesiastés 7.25).

El principio de las palabras de su boca es necedad; y el fin de su charla, nocivo desvarío (Eclesiastés 10.13).

Parece que en este mundo jamás nos libreremos de la posibilidad de la locura. Al igual que los gérmenes que están dentro y fuera de nuestros cuerpos, la locura siempre está presta a minar

¹ William Miller, *The Addictive Behaviours: Treatment of Alcoholism, Drug Abuse, Smoking, & Obesity (Las conductas adictivas: El tratamiento del alcoholismo, la drogadicción, el fumado y la obesidad)* (New York: Pergamon Press, 1980).

² Patrick Carnes, *The Sexual Addiction (La adicción sexual)* (Minneapolis: Computare Publications, 1983).

nuestra salud. Salomón dijo:

Ciertamente la opresión hace entontecer al sabio... (Eclesiastés 7.7).

... el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos (Eclesiastés 9.3).

El término moderno para la locura crónica es «psicosis», y la psicosis más común es la esquizofrenia. Tal vez muchos casos de esquizofrenia estén relacionados con la vorágine de la insensatez. Por ejemplo, las personas que dan rienda suelta a sus fantasías descuidadas pueden volverse adictas a fantasear, perdiendo así el control de sus procesos mentales.

Por supuesto, así como en el caso de una enfermedad física, la severidad de una compulsión en particular en la vida de una persona variará dependiendo, en primer lugar, de la naturaleza del comportamiento mismo. Puede que algunas adicciones sean solamente malos hábitos que son moderadamente irritantes, mientras que otras pueden convertirse en adicciones devastadoras. Aun más, algunas pueden ser obvias para todos, mientras que otras permanecen ocultas. Pablo lo mencionó, diciendo:

Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan a juicio, mas a otros se les descubren después. Asimismo se hacen manifiestas las buenas obras; y las que son de otra manera, no pueden permanecer ocultas (1^{era} Timoteo 5.24-25).

El tratamiento para los que son adictos a la insensatez parece variar un poco del que se usa para curar la insensatez infantil, a saber: un espíritu de humildad con una orientación mental correcta (penitencia); una disposición para soportar mucho sufrimiento; y la creación de buenos hábitos de vida. Estos son los ingredientes básicos de la receta del Señor para la salud espiritual de todo el mundo. El anterior es el mensaje del cual está impregnada toda la Biblia. No obstante, la clave para sanar la constituye el estado de la voluntad de una persona. La manera como una persona elige vivir tiene cierto efecto en la salud de su cuerpo, pero tiene un efecto aún más profundo en la salud de su alma. El esfuerzo valiente de un médico (o de un equipo de médicos) puede salvar la vida de un hombre cuyo cuerpo se encuentra en condición crítica, pero esto es posible únicamente si el cuerpo coopera. Ningún esfuerzo de parte de otro (¡no! ni siquiera el Señor) puede (Continúa en la página 44)